

EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

Dr. Bartolomé Gómez Plana

COLABORADORES:

EXCMO. SR. D. LUIS DE LUNA,
Jefe de Instrucción.

SR. D. MANUEL GUERRERO,
Catedrático de Filosofía.

SR. D. FILEMÓN BLÁZQUEZ,
Inspector de 1.ª Enseñanza.

DR. JOAQUÍN HURTADO NÚÑEZ,
Laureado de Medicina.

DR. D. SERVANDO A. DE DIOS,
Publicista.

D. JOSÉ M. PÉREZ SARMIENTO,
Cónsul de Colombia.

D. ENRIQUE MIRANDA Y SÁNCHEZ,
Alumno de Medicina.

D. FERNANDO QUIÑONES DOMINGUEZ,
Laureado de Medicina.

CORRESPONDENCIA: SAGASTA, 12.

SUMARIO

Las enseñanzas de los «films» de la vida, Dr. Joaquín Hurtado Núñez.—*Mamá, ¡una perra!*, F. Quiñones.—*Notas clínicas*, Dr. Gómez-Plana.—*Los niños toreros*, M. Siurot.—*La alimentación del niño sin el pecho de la madre y del ama*, Dr. Ammon.—*Miscelánea*.

SUSCRIPCIÓN

En Cádiz: Un mes 0'75 pts.

Fuera : Trimestre 3

PAGO MENSUAL.

Año IV. Cádiz : Noviembre 1924 N.º 44



Año IV

Cádiz : Noviembre 1924

Núm. 44



Las enseñanzas de los "films" de la vida

XV

En las *películas* anteriores, y al ocuparnos de las personas de cuyo auxilio necesita el *niño*, hemos estudiado: a los padres ¿bien? y verdaderos; a las Hermanas de la Caridad, encargadas de sustituir a aquéllos en los cuidados de los niños huérfanos; y a los maestros y a los sacerdotes, en su misión educadora de la infancia; restándonos tratar, para que nuestro estudio sea completo, del *médico*, encargado de aconsejar a unos y otros y dirigir y vigilar el desarrollo del niño para que su salud sea perfecta, defendiéndole de las causas morbosas que continuamente acechan y rodean a todo sér humano, y mucho más cuando éste comienza a vivir la vida.

Por tal razón, nuestra presente *película* tratará de:

El médico y los niños

XV

Si gracias a los cuidados y desvelos de los padres el niño puede llegar, creciendo y desarrollándose, a valerse por sí sólo; si los maestros, con sus pacientes trabajos, logran educarlo y enseñarlo; y si el sacerdote consigue inculcarle la moral y marcarle el verda-

dero camino de la virtud, el *médico* es el encargado de dirigir y vigilar su desarrollo físico, para, no sólo defender su salud contra los peligros que continuamente le amenazan, y mucho más al comenzar la vida, sino también para aconsejar a los padres y maestros, dentro de sus respectivas misiones, el camino a seguir, tanto en los niños normales, como, y mucho más, en los anormales, para que, aun a pesar de su anormalidad, puedan: o hacerla desaparecer por completo, o si ésto no fuese posible, conseguir el que los niños anormales, al llegar a hombres, sean, no una carga pesada, sino individuos útiles para sí mismos, su familia y la sociedad.

Por eso en nuestra *película* XII (1), titulada «El maestro, como educador del niño», decíamos: «que la misión del maestro que al convertir al niño en ciudadano hace Patria, es tan sagrada como la del médico, que al velar por la salud, hace raza, y la del sacerdote, que al curar las almas, hace santos, trípode sobre el que se asientan los verdaderos cimientos de la sociedad.»

La misión del *médico* cerca del niño, comienza mucho antes de nacer éste, y termina, cuando ya completamente desarrollado y educado, se vale por sí sólo para vivir y luchar en la vida, o sea, cuando físicamente llega a su adolescencia.

En las naciones cultas y que saben velar por la salud pública de sus ciudadanos, antes de contraer éstos matrimonio, se exige como requisito indispensable el certificado de sanidad (previo reconocimiento facultativo) de los futuros cónyuges, para evitar que los individuos mal desarrollados o enfermos procreen hijos débiles o raquíuticos, que no sólo degeneran la raza, sino que ocasionan graves perjuicios a la nación, que tiene que atenderlos sin obtener de ellos ningún fruto, sino, por el contrario, un peligro de contagio para sus ciudadanos sanos y un gasto.

En España aún no hemos llegado a exigir tal trámite de justicia; por eso vemos pacientemente que familias enteras rinden tributo a la muerte por enfermedades tan perfectamente evitables como la sífilis, el alcoholismo y las demencias, que propagan la tuberculosis; y que alimentan con sus miembros (degenerados antes de nacer) las mancebías, las cárceles y presidios, los hospitales y los manicomios.

Pero ya que nuestra legislación anticuada no exija el certificado de sanidad a los contrayentes del matrimonio, el que, dado el ser por otra parte, un sacramento de nuestra religión oficial, la católica, es indisoluble, aun a pesar de este vicio de origen, puede

(1) Véase el número 23 de EL NIÑO.

el médico procurar subsanarlo con sus sabios consejos y prudentes medidas, con tal de que unos y otras sean llevadas rigurosamente a la práctica por ambos esposos desde el momento en que se anuncia la venida del primer hijo.

La mujer, desde el momento que comienza su embarazo, para asegurar la normalidad de éste y evitar con tiempo, o su interrupción precoz, o si llega a término su distocia, con grave peligro de muerte para ella, y casi fatalmente para su hijo, debe aconsejarse de su médico, que le fijará el plan a seguir durante su gestación.

Un reconocimiento de la futura madre, repetido de vez en cuando, permite, no sólo vigilar el desarrollo intrauterino del nuevo sér, sino que al diagnosticar su posición, si ésta es viciosa, puede a tiempo corregirse, convirtiéndola en normal.

El análisis periódico de la orina de la embarazada acusará o nó la presencia en ella de albúmina, que tanto predispone a la eclampsia, complicación grave del embarazo y del parto para la madre, y mucho más para el niño.

El uso de los vestidos y el corsé, que apretados y ceñidos pueden enfermar y deformar al feto, no los permitirá el médico.

El aseo, el ejercicio, el régimen alimenticio, la regularización de las digestiones y el cuidado de los pechos, será también objeto de la vigilancia del médico, el que aconsejará a la futura madre en bien suyo y de su hijo, lo pertinente, y cuyos consejos debe aquélla rigurosamente seguir.

No creo que tengamos que anotar que el parto debe ser asistido por una profesora competente, oficialmente titulada, la que en el caso de la más pequeña anormalidad, requerirá enseguida el auxilio y dirección del tocólogo, o mucho mejor encargar a éste su asistencia, el que continuará ésta durante el puerperio, de paso que aconseja a la madre los primeros cuidados que requiere su hijo.

Ya el niño en el mundo, precisa una serie de atenciones, que para la nueva madre son desconocidas, y las que, seguidas bajo la dirección del facultativo, permitirán que se desarrolle normalmente y se críe sano y robusto, alegrando aquel hogar, el que sin esta dirección, y por ignorancia, puede convertirse en triste y constituir un verdadero martirio para los padres y un grave peligro para el niño, el que, o morirá, o se criará difícilmente, endeble, enclenque y raquítico, y siempre bajo la amenaza de la muerte.

La asepsia rigurosa del cordón umbilical, el aseo del recién nacido, la regulación de su alimentación, ya sea ésta natural o ar-

tificial, y la de sus digestiones; la disposición de su habitación, su cama, sus vestidos, su sueño, y en una palabra, su higiene, debe ser dirigida y vigilada por el médico; y no hay nada que decir respecto a lo excesivo de ésta en esas épocas de la infancia tan peligrosas como las de la dentición y el destete, que tantas víctimas ocasionan.

El peso, el crecimiento y el desarrollo del niño, y más adelante su ejercicio, sus juegos y su desarrollo mental, también deben ser objeto de la dirección y vigilancia facultativas.

Ya el niño en plena edad escolar, debe ser observado periódicamente por el médico, el que podrá corregir a tiempo cualquier defecto, vicio o enfermedad en sus comienzos, de la vista, oído, garganta, fonación, desarrollo imperfecto o vicio del esqueleto o inteligencia, facilitando así la misión del maestro.

La dirección de los juegos, la gimnasia y el prevenir las enfermedades escolares, es también otra de las misiones del médico.

Y por último, los consejos del facultativo al llegar los niños a su adolescencia, son tanto o más útiles que sus cuidados en la niñez, ya que los jóvenes, en esa edad tan crítica de su vida, más conscientes, se dan perfecta cuenta de ellos, y si los siguen exactamente, asegurarán su completo y perfecto desarrollo.

Ahora bien; médicos hay muchos; titulados especialistas en enfermedades de la infancia, bastantes; pero, desgraciadamente, son muy escasos los facultativos que pueden ostentar el título de «médico de los niños».

El verdadero «médico de los niños», para merecer tal honor, necesariamente tendrá que poseer las condiciones siguientes: *Amor al niño, ciencia, paciencia, adueñarse de la voluntad del infante y captarse las simpatías y el cariño del bebé.*

Amor al niño.— Aunque el amor al niño es una de las condiciones que debe poseer toda persona consciente, ya que los niños son seres delicados que necesitan los cuidados y la protección de los que le rodean, para poder vivir, y todo el daño que se les haga es una cobardía, por tratarse de personas indefensas, este amor, excesivo hasta el punto de igualarse al de su verdadera madre (el más grande de todos los amores), es condición indispensable, entre otras, para el «médico de los niños».

En el infante hay que ver, no lo que es en la actualidad, sino lo que, atendiéndolo, puede llegar a ser el día de mañana.

El niño es la esperanza de la familia, la sociedad, la Patria y la Raza, y sólo meditando que atendiéndolo y cuidando su salud

podrá llegar a ser el día de mañana el sostén de sus ancianos padres, el gobernante dictador de leyes sabias, la gloria del Foro, el investigador que, escudriñando en los arcanos de la Ciencia, descubrirá el producto que causará una revolución en la industria y la riqueza de la nación o el medicamento que arrancará las vidas de los enfermos a la muerte, el general que conducirá a la victoria al ejército que defenderá a la Patria, o el higienista o médico sociólogo que con sus consejos prolongará la vida humana en pleno estado de salud y seleccionará la Raza, es como nos convencemos de lo que su vida vale y de los cuidados que estamos obligados a prestarle, los que, aun siendo excesivos, deben parecernos pequeños, por el mero hecho de tratarse de él.

El anciano es lo que pasó, la historia como recuerdo de lo que fué; el adulto es lo presente, que bueno o malo, lo estamos viendo, y por lo tanto nos es conocido; mientras que el niño es lo porvenir, lo desconocido, pero que en nosotros está, según los cuidados que le prodiguemos y según como lo eduquemos, en que sea excelente o pernicioso, por lo que debemos extremar en él nuestro celo, aunque sólo sea por el egoísmo de un porvenir venturoso.

Ciencia.—Si todo facultativo, para llegar a ser un buen especialista en las enfermedades de cualquier aparato de la economía, tiene que conocer a conciencia el funcionalismo normal y patológico de la máquina humana y los medios necesarios para volver este último a la normalidad, o sea, poseer los múltiples conocimientos que encierran: la anatomía, la fisiología normal y patológica, la medicina y cirugía generales y las terapéuticas médica y quirúrgica, el «médico de los niños», además de ser competente en estas materias, es preciso que sepa que aunque el infante puede padecer casi todas las enfermedades médicas y quirúrgicas que se presentan en el adulto, mas las dependientes de los vicios de su malconformación congénita y los adquiridos por razón de su anormal desarrollo, y otras especiales de él, no se trata de un hombre pequeño, sino que siendo el mismo sér humano que ha de convertirse el día de mañana en el hombre, sus órganos no funcionan del mismo modo que en el adulto, ya que están influídos, además de por las causas normales y patológicas que obran sobre éste, por el crecimiento y el desarrollo, que en esta época de la vida tienen unos caracteres particularísimos y pueden ocasionar enfermedades que ya en el adulto no se presentan.

Por otra parte, el niño tiene órganos que ya faltan en el adulto, y además, ciertos medicamentos que en este último se emplean

con éxito, el crío no puede tolerarlos aun administrados en dosis infinitesimales, por lo que su terapéutica también es especial.

Por todo lo que la Paidopatía constituye una verdadera especialidad, la que si bien se auxilia de los conocimientos de todas las ramas de la Medicina, tiene una parte no pequeña, especial, que el paidópata tiene forzosamente que conocer a la perfección.

Pero no basta ésto, pues es preciso que los conocimientos teóricos paidopáticos vayan acompañados de una concienzuda práctica, la que si se exige en todas las ramas de la Ciencia Médica, es mucho más necesaria que en todas, en Paidopatía, por cierto bastante difícil, puesto que como el niño no puede expresar sus síntomas subjetivos nada más que por el llanto y sus movimientos y es preciso adivinarlos, y los objetivos hay que recogerlos por una exploración que si bien tiene que ser tan completa como en el adulto, hay que hacerla con mucha mayor rapidez porque el enfermito no se deja reconocer bien, y unos y otros síntomas son indispensables para hacer el diagnóstico, de aquí que el conseguir ser especialista en las enfermedades de los niños sea muy difícil.

Paciencia.—La paciencia es atributo obligado de las profesiones en cuyo ejercicio hay que tratar al público, pero de todas ellas, en la que más hay que ponerla a prueba es en la de médico, ya que éste penetra en los hogares cuando las enfermedades y el dolor, agobiando a las personas, les quita el gusto, cambia su carácter habitual y hasta muchas veces les hace prescindir de las más elementales normas que la educación impone.

Dentro de la profesión médica, el facultativo que se dedica a tratar niños es el que más tiene que ejercitar la paciencia, ya que si éstos en perfecto estado de salud, y por el más fútil motivo, se ponen impertinentes, esta impertinencia alcanza su grado sumo en sus enfermedades, y el paidópata, a fuerza de una paciencia tan exagerada que sólo es comparable a la de la madre, tiene que lograr convencerlos de que es preciso que se dejen explorar y que tienen que seguir exactamente sus prescripciones para conseguir ponerse buenos.

Adueñarse de la voluntad del infante.—Esta condición es indispensable para el médico dedicado a la especialidad de los niños.

El infante debe considerar a su médico como un verdadero amigo, cuya protección le es necesaria, y nunca como un hombre que le viene a hacer daño, ya que el niño no es un sér consciente que pueda discernir que lo que a él le parece un daño es un beneficio, puesto que le cura su enfermedad. Por ésto el paidópata de-

be visitarle con frecuencia, tenerle atenciones, agasajarle, acariciarlo, llamarle la atención siempre que le vea, etc., etc., cuando está bueno, para, adueñándose de su voluntad, sugestionándole, en una palabra, conseguir de él que haga de buen grado lo que le ordene cuando se encuentre enfermo.

Captarse las simpatías y el cariño del bebé.—Cuesta mucho trabajo al médico que generalmente cuando visita por primera vez al niño está enfermo, y por lo tanto muy impertinente, captarse sus simpatías y cariño, máxime cuando la mayoría de las madres tienen la mala costumbre de amenazar a los críos con el facultativo para conseguir que tomen las medicinas; pero con paciencia, mediante algún halago, un juguete insignificante o la promesa de algo que el niño desea, se consigue hacer de él lo que se quiere.

Generalmente los paidópatas, y sin saber por qué, aun cuando el enfermito los reciba de mal talante, antes de darles el alta, y por poco tiempo que dure la asistencia, ya se han adueñado de su voluntad y captado por completo su cariño.

Niños hay que quieren a su médico tanto o más que a sus padres, como lo demuestra el hecho de que yendo de paseo con éstos, o estando jugando, abandonan a sus familiares o suspenden sus juegos, para acudir a saludar y besar al médico que les curó su enfermedad. Bien es verdad que el infante agradece en extremo el bien que se le hace.

Como se vé, el llegar a poseer todas estas dotes es, sinó imposible, por lo menos bastante difícil; por ésto repetimos que aun- que hay bastantes médicos y muchos titulados especialistas en enfermedades de los niños, los que realmente pueden ostentar el verdadero título de «médico de los niños» son muy pocos.

* * *

La Paidopatía española ha dado una serie de maestros de fama universalmente reconocida, cuya labor pro-infancia merece la admiración y el respeto de todas las personas cultas y conscientes, puesto que prueba el amor que en nuestra nación inspiran los niños, maestros de los que si algunos por desgracia faltan, les sobreviven sus obras en bien de la Humanidad.

El sabio doctor Benavente, que después de haber consagrado toda su vida a salvar la de los niños, ha tenido un digno continuador de su amor a la infancia, en su hijo el ilustre literato y dramaturgo gloria de la literatura patria D. Jacinto, el que no siendo médico, y en honor a su padre, en sus escritos trata siempre de

ineulcar el cariño a los niños y hasta ha creado con su privilegiado talento una literatura y un teatro especial para la infancia, llegando su altruísmo hasta renunciar en favor de la institución del Desayuno Escolar el homenaje que le querían tributar sus admiradores y amigos. El doctor Ulecia, cuya obra *El arte de criar a los niños* se ha hecho tan popular, que rara es la madre que no lo consulta, con lo que ha conseguido ilustrar a las madres en los cuidados que requieren sus hijos, salvando con tal motivo de una muerte cierta a millares de niños. El ilustre doctor Gómez Ferrer, cuyo Instituto de Nipiología por él fundado, el primero en España y uno de los primeros del mundo, y continuado con verdadero cariño por sus discípulos en recuerdo del querido maestro, tanto ha de beneficiar a los niños de pecho. Estos, entre los que ya no existen: y entre los actualmente vivos: el sabio doctor Martínez Vargas con su escuela de Barcelona, de fama universal, y el maestro doctor Suñer con la suya de Madrid, no por ser más moderna menos notable, los que enseñan con excelente resultado la especialidad paidopática; el doctor Gómez Aguado, de Córdoba, el que ha logrado que sus estudios sobre la alimentación de los niños de pecho hayan sido coronados con el éxito de la fabricación de sus leches preparadas (malteada y albuminosa), de excelentes resultados en la crianza y enfermedades gastro-intestinales de los niños, con lo que se vá consiguiendo disminuir la mortalidad infantil; el maestro doctor Borobio, excelente clínico; el doctor Arquellada, entusiasta organizador de los Congresos de Paidopatía; los doctores González Alvarez, Hernández Britz, Bravo Frías y Muñoyerro, y tantos otros consagrados con éxito a la especialidad de las enfermedades de los niños, corroboran mi aserto de que en España, para gloria nuestra, se hace una grande labor pro-infancia.

* * *

Y para terminar, he aquí un ejemplo práctico:

Un médico sabio, cariñoso y altruísta, desde los comienzos de su carrera, se dedicó a la especialidad de las enfermedades de los niños. Hombre de un valer extraordinario, con una inteligencia privilegiada y una paciencia y tesón dignos de loa, a fuerza de estudio y de clínica consiguió hacerse verdaderamente popular en España y contar entre su clientela a lo más distinguido y elevado de la Corte, hasta el punto de que raro será el individuo perteneciente a las aristocracia de la grandeza y del dinero, que para él siendo pequeño, o para sus hijos, no haya alguna vez utilizado sus excelentes servicios facultativos.

Esta posición, que a otros médicos más vanidosos les hubiese enorgullecido, a él nunca le hizo mella; antes al contrario, puesto que le sirvió para utilizar sus amistades e influencias en favor de los niños desvalidos y enfermos.

Llegó a escalar los más altos puestos oficiales, y desde ellos, consiguió inspirar y dictar todas las leyes que en beneficio de la infancia se han promulgado desde el último tercio del pasado siglo hasta la actualidad; pero aun pareciéndole todavía ésto poco, su capital íntegro lo ha dedicado a la construcción y sostenimiento de un sanatorio modelo, para que los niños pobres puedan encontrar la salud que los ricos consiguen a fuerza de dinero; obra que ahora dirige y continúa la caritativa dama que con él en vida compartió su hogar feliz, en memoria de su ilustre esposo y en bien de los niños desvalidos.

No creo necesario decir que me refiero al inolvidable maestro doctor Tolosa Latour y a su magnífico sanatorio de Santa Clara, sito en Chipiona (Cádiz).

He aquí un gran hombre que aunque no dejó hijos, supo ser verdadero padre de los niños enfermos y desgraciados, y que desde la mansión de los justos, en donde (las oraciones de las madres y de los ángeles a los que él los devolvió a la vida y por su conducta en el mundo) se encontrará, mirará con aquella sonrisa dulce de santo que le caracterizaba en vida, lo magnánima de su labor.

DR. JOAQUÍN HURTADO NÚÑEZ

Medina Sidonia y octubre del 1924.

Mamá, ¡una perra!

He aquí algo que ocurre a diario; una escena que todos habrán presenciado.

El último mono de la casa, Pepín, que tiene menos años que dedos en una mano, sonriente y en tono amistoso pide a su madre una perra. Es muy aficionado a ellas; las quiere para gastarlas en golosinas, para jugar y perderlas muchas veces; menos mal que aprendió a no tragárselas, ya que una vez a poco le cuesta el pellejo.

La madre, atareada en sus faenas; no le hace caso, no se quiere enterar: conociendo que el enemigo que le asedia es verdaderamente temible, empieza a esgrimir un arma francamente mala: la socarronería.

El nene, aún más socarrón, insiste suplicante: ¡Una perra, mamá! ¡Una perra! ¡Una perraaa...! Y le tira del vestido, y se pone delante de ella, y no la deja andar ni moverse.

La madre no tiene más remedio que darse por enterada, y en lugar de negársela, le dice: ¡Véte, déjame tranquila; juega con esto o con aquéllo!

Prosigue el asedio; el chiquillo, cada vez con más bríos, puja, solloza, chilla; la madre se la niega. ¡Dios nos libre! Se arma la gorda. Gritos desahogados, llantos, gemidos; mezcla de algo épico, lírico y elegíaco. La buena señora alterna con el niño; es un dueto digno de la T. S. H. Amenazas por ambas partes, pateos, crispaduras... diríase que todo iba a terminar pronto en ribetes de tragedia; la paliza se impone; el niño es azotado.

Es inútil; la situación se agrava... El chiquillo no desiste de sus pretensiones; después de calmarse un poco, vuelve a la carga.

Y he aquí un caso de conciencia para la madre. Por una triste perra, dar ella a un hijo de su alma ese disgusto tan grande. ¡Qué infamia! ¡No hay derecho! ¡Es casi una crueldad! Además, tendría que matarlo, y la cosa no es para tanto.

Se nos ocurre pensar qué haría la madre si el niño le pidiese el sol o la luna. En la imposibilidad de dárselos, abundando en la misma lógica... ¿qué hacer?

Una vuelta más a la tuerca, y ya está; el niño insiste, pateo de nuevo; su desventurada mamá le dice con tono fuerte y agrio:

—Tén; véte y no vuelvas más a pedirme una perra, que no te la doy en un año; anda, déjame en paz.

El chiquillo se aleja riendo a todo trapo y muy ufano de su victoria.

* * *

Así se educa, por desgracia. Vemos a los padres perder su autoridad, faltar a su palabra, dejarse dominar por el más chico.

No son ellos los que llevan a los hijos; es al contrario; el hijo manda, se impone; el padre y la madre se someten.

Antes de negar un padre algo a su chiquillo, debe pensarlo, porque si con razón se lo niega, así se hunda el mundo no debe dárselo. Los chiquillos tienen buena memoria y más experiencia

de lo que parece. El niño que sabe que valiéndose de sus mañas vá a ganar la partida, no cesa hasta obtener el triunfo: si, por el contrario, sabe positivamente que perderá tanto más cuanto más insista, cuanto más desobedezca, entonces, tened por seguro que se convence al instante.

No hay derecho a decir: «mi hijo es malo», ni a lamentarse, cuando la maldad del hijo es la lógica consecuencia de la falta de la más elemental educación.

F. QUIÑONES

Chiclana, X 1924.

NOTAS CLÍNICAS

Los cuadros patológicos infantiles, de tan variadas formas, de tan diversa intensidad y de tan compleja estructura muchos de ellos, tienen, sin embargo, en grandes grupos, conexiones que no aparecen a simple vista, pero que mirados detenidamente, comparándolos entre sí, se comprueba pertenecer a tipos fundamentales.

Tipos fundamentales que los originan la herencia, el régimen alimenticio, el medio ambiente, la perturbación nutritiva, y a los que dá la característica de diferenciación, el sello individual; a cada persona algo propio y que se refleja en las modificaciones de los cuadros morbosos comunes.

Entre los muchos a que pudiera referirme, pues la clínica infantil es un campo vastísimo abierto a todas las investigaciones, y siempre nuevo, voy a hacer ligera mención de dos grupos, con los que constantemente se está uno encontrando en la práctica: tienen dos nombres modernos, a pesar de ser para los prácticos perfectamente conocidos de muchos siglos atrás.

Estos nombres, son: *Espasmofilia* y *Diatesis exudativa*.

Espasmofilia.—Sus signos, la hiperexcitabilidad, los trastornos mecánicos y el llamado de Trousseau.

Los cuadros clínicos correspondientes a ésto, son: el laringoespasma, la eclampsia infantil y la tetania.

El primero, alcanza los límites de la asfixia.

El segundo, origina trastornos convulsivos, que llegan a la gravedad en distintas ocasiones.

El tercero, presenta contracciones de muñecas y pies, de bastante duración, con alguna que otra derivación a los bronquios, apreciables a la pantalla radiográfica, por lo que afecta a condensaciones y atelectasias pulmonares.

Todos estos síntomas tan variados y de tan extensa topografía, tienen con gran frecuencia un fondo común: el raquitismo: y en éste se hallan las desviaciones óseas, las deformidades torácicas, las dilataciones abdominales con vientre de batracio, etc.

Y ésto, para la práctica, tiene una trascendencia enorme, porque en su variedad somática, tienen una unidad terapéutica: haciendo un tratamiento de régimen, de aireación, de helioterapia; combatiendo la calcemia y la fosfatemia, la curación lleva el mejor de los caminos, aunque los síntomas, los cuadros morbosos, sean de diferente presentación.

Sirva este escasísimo esquema para llamar la atención, y que no se extrañe lleven uniformidad de tratamiento enfermedades que parecen distintas.

El otro conjunto morbooso a que me refiero, es la llamada ahora *Diatesis exudativa*, clasificada entre las enfermedades constitucionales y del metabolismo.

Integran esta diatesis, en términos generales, la seborrea, costras, impétigo, eczema, estrófulo, algunas laringitis, dispepsias, etc.

Hay dos tipos de niños sujetos a este mal: el niño gordo y el niño flaco: el niño grueso, pastoso, apático, tranquilo, que acusa un estado tórpido de marcha desesperante: el otro suele ser intranquilo, nervioso, irascible, y no sosiega, porque está sujeto al picor que le devora, a las exudaciones costrosas, al insomnio, a los vómitos, a desarreglos de vientre persistentes: la piel, las mucosas, nunca están indemnes: tras ésto, suelen complicarse las manifestaciones escrofulosas con supuraciones de oídos, inflamaciones de garganta, obstrucción de nariz, úlceras de la córnea, etc.

¿Fondo común? la herencia, el artrismo, alteraciones de glándulas endocrinas, males bastardeados por elementos diferentes y una heterogeneidad de funciones desarmonizadas que se modifican con un plan terapéutico de acción común y de éxito generalmente favorable.

No cabe, pues, extrañarse que un médico observador encuentre analogías de naturaleza y de tratamiento en males de apariencia contradictoria.

DR. GÓMEZ-PLANA.

LOS NIÑOS TOREROS

Lo vamos a decir de una vez; hay en España quien tiene a los toros más afición que los hombres: los niños.

Es una locura que les viene tan honda, que no parece sino que allá dentro del alma se les ha metido con toda su reata de cuernos, banderillas, capas, estoques y garrochas, la musa maja de la taurofilia...

En el patio del colegio, en una hora de descanso, juegan con aplicadísimo interés al toro. Me acerco a uno que acaba de echar un lance, y le pregunto:

—¿Qué suerte es esa?

—¡Pues vaya una pregunta, don Manuel!... ¿Qué va ser?...

Una verónica.

—¿Y la que ha hecho ahora Pepito?

—Una navarra. Y esa otra, una de frente por detrás y...

—¡Bueno, bueno!... Lo sabéis todo...

—¡Pregúntele usted a Fuentes!... (Fuentes es auténtico Fuentes, y no nombre de afición.)

—¿Pero qué le pasa a Fuentes?

—¡Que ese sí que sabe!...

—Vamos a ver, Fuentes, ilustrísimo Fuentes, torea...

—Pues mire usted. ¿Ve usted esta larga? Pues es la del «Gallo». Y esta, la del «Guerra», y esta, la de «Lagartijo».

—¡Atíza! ¡Qué erudición!

—Y este pase con la izquierda, del «Espartero», y este de molinete, del...

—Demonio. ¿Pero quién te ha enseñado a tí todo ese cúmulo de utilísimos conocimientos?

—«Petaca», uno que fué puntillero del «Litri» y que vive en mi casa...

Hace algunos años, cuando empezaron nuestras escuelas a funcionar, me propuse yo concluir con esa embriaguez de la monomanía taurina, e hice cuanto estuvo a mi alcance para acabar con las distracciones toreras de los muchachos del colegio. Recuerdo que la primera piedra del edificio que yo quería levantar, fué la corta en pública sesión de dos coletas que auténticas, no metafóricas, se habían dejado crecer dos de aquellos recién llegados alumnos.

Horrores prediqué entonces de toros y toreros; propuse premios para los que me hablaran mejor contra las corridas, y a más de prohibir que se jugara en el colegio, avisé correctivos para aquéllos de quienes yo supiera que extramuros violaban mis mandatos. Fué una buena cruzada contra la monomanía taurina.

Al principio, por la novedad, más bien que por nada, obtuve un ligero triunfo; pero poco a poco llegué a convencerme de que todo era absolutamente inútil, porque el medio social trabajaba de un modo invencible contra las buenas voluntades de un maestro novato que sufría alfilerazos de impaciencia por la perfección de sus alumnos.

En efecto; el niño en todas partes y en todos los momentos recibía impresiones completamente contrarias a mi enseñanza. Si se paraba un momento a la puerta de la taberna, de allá adentro venían hasta él emanaciones y fermentos de vino y toros. Si oía la conversación de los albañiles en el andamio, de los herreros en el yunque, de los barberos entre barba y rape y de los municipales en la esquina, milagro había de ser que la conversación no fuera salpicada con nombres propios como éstos: Miura, *Pepete*, Saltillo, *Bombita*... Si miraba a las paredes, un cartelón amarillo o colorado, decía con letras como brazos de grandes: *Toros*. Si caía un periódico en sus manos, toros en Cuenca, en Jaen, en Bayona... Si pasaba por las puertas de un café, toreros había de ver por fuerza. Si ponía los ojos en el estante del restaurant, allí estaban en las mejores marcas de vinos, los retratos y nombres de matadores de toros. Si leía una revista ilustrada, se encontraba con que la mitad del número eran retratos de la familia real, y la otra mitad de asuntos de la tauromaquia; y al considerar la indiscutible alteza de lo primero, pensaba el absurdo de que no debía irle muy en zaga lo segundo, cuando tan de cerca ordinariamente se encontraban. Si veía un señor por la calle con su bastón de autoridad, su desacostumbrada levita y su chistera con el vello de punta, ya se sabe que aquel señor iba a presidir la corrida: y finalmente, si las mujeres, que son en todo acto la clave de la delicadeza, se componían como nunca y echaban el resto para presenciar la corrida y daban la *nota de color* de la fiesta, era natural que los niños siguieran en el empeño de su afición, porque el maestro tan solo, tan desviado de la corriente general, debía prohibirles lo que les prohibía, tal vez por una rareza, o acaso por algún secreto que no les era dado conocer.

Y eso que no sabían que quien les contrariaba de aquel modo

era un aficionado empedernido, que sacrificaba, al hacer la guerra a los toros, su gusto y afición al mandato de sus obligaciones de maestro y al dictado de su conciencia, que le exigía obrar así, como dije en *Cada maestrillo...*

Algún tiempo después, he podido con perfecta autoridad prohibir estas cosas y hacer la guerra escolar a la monomanía taurina, porque se me ha secado la afición; pero repito, que todo, todo lo que se haga es inútil...

Lo que hago ahora, es sacarle al mal sin remedio todo el partido posible, o al menos todo lo que a mis pobres luces se ha podido ocurrir. Permito que se juegue al toro, pero impongo condiciones por el estilo de las que voy a referir, y algo vamos ganando.

Quiero, por ejemplo, que se estudien los pecados capitales y las virtudes contrarias, y exijo que la corrida sea de siete toros. Cada uno de ellos es un pecado capital. *Tú eres la Soberbia, tú la Avaricia, tú la Lujuria, etc., etc. ¡Al encierro!...* Hacen falta siete matadores. *Tú te vas a llamar Humildad, tú Largueza, tú Castidad, etc., etc...*

Hay que advertir que son espectadores todos los niños del colegio.

Sea, por ejemplo, el primer toro.

—¿Cómo se llama?

Todos los chicos gritando: *Soberbia.*

—¿Quién mata a la Soberbia?

—¡La Humildad!...

—¡Que salga el matador Humildad!

—Presente, don Manuel.

—¿Cuáles son tus banderilleros?

—Aquí los tiene usted; estos dos.

—¿Cómo te llamas tú?

—¿Yo? No me enfado.

—¿Y tú?

—Yo me llamo, Sin orgullo.

—Bueno; pues que salga el toro.

Embestida por aquí, suerte por allá, alegría estrepitosa de los muchachos, y algazara andaluza por todo lo alto. Tocan a banderillas, y pregunto yo:

—¿Cómo se llama ese que le va a clavar al toro de la Soberbia las banderillas?

Todos los chicos a voz en grito: No me enfado.

—¿Y ese que se las pone ahora?

—Sin orgullo.

—*De modo, que a la Soberbia se banderillea, no enfadándose y no teniendo orgullo. ¿No es verdad?...*

—*¡Sí, señor!...*

Tocan a matar...

¡Que brinde alto, que brinde alto!...

—*Señor Presidente: brindo por usted y por su acompañamiento, y porque yo, que soy la Humildad, le ponga las patas para arriba a la Soberbia, ya que tan bien me han ayudado el no enfadarme y el no tener orgullo.*

Pases variados, ceñidos y yalientes, olés coreados, una gran atención en el respetable público, y la Humildad que se enfila y atiza un volapié de P. P. y W. El toro cae sin puntilla.

—*¿Quién mató a la Soberbia?*

Todos entusiasmados:

—*¡La Humildad, la Humildad!*

La Humildad es sacada en hombros...

Et sic de cæteris...

Esos son los niños toreros, porque al bautizar así este capítulo, no me iba a referir a esos pobrecitos niños a quienes explotan cuatro caballeros sin conciencia, llevándolos y trayéndolos por las plazas de toros, en una edad en que debían estar al cuidado de sus *incomprensibles* padres.

Una noticia para los señores aficionados. Teniendo por base de la veracidad de mis palabras, el hecho evidente de que a cualquier maestro medianamente observador le pasa por el conocimiento el modo de ser de la sociedad futura, doce años lo menos antes que a los demás mortales, por la sencilla razón de que conoce a los niños de hoy, que van a ser los hombres de mañana, os anuncio:

Que no lloréis por la ruina de la fiesta de toros, que os doy palabra de honor de que va para allá, es decir, para ustedes, una riada de taurómacos que mete miedo...

¡Qué lástima!...

M. SIUROT

(De *Cosas de Niños*).



La alimentación del niño sin el pecho de la madre y del ama

Mientras que en familias acomodadas, cuando las madres no pueden amamantar ellas mismas el niño o no lo quiere amamantar, se le confía al pecho de un ama; en otras menos acomodadas se alimentan los niños recién nacidos, siempre que las madres no los pueden amamantar, con papilla o con otra clase de alimentación artificial, imitando tan fielmente como sea posible la forma de alimentar de la naturaleza. La experiencia ha demostrado que niños así alimentados prosperan, si la asiduidad y puntualidad de la madre saben vencer todos los impedimentos que se presentan. Es un hecho que la alimentación artificial del niño recién nacido no se puede igualar con la suministrada por el pecho del ama, que conserva en todo caso la preferencia a toda otra forma de crianza artificial; pero en obsequio a la verdad, hay que declarar que según un orden estricto en la suministración de los alimentos, observando gran limpieza en la preparación de ellos y atendiendo con exactitud todas las necesidades del recién nacido, se crían anualmente muchos miles de niños para hacer de ellos hombres sanos mediante la alimentación artificial. Pero exigencias indispensables constituyen el más estricto cumplimiento del deber por parte de la madre, cuidando ella misma el niño siempre con ojos vigilantes y manos siempre ocupadas, sin confiarlo a las manos de la niñera, quien, por más inclinación que tenga para el niño, obrará sólo según lo que oiga decir y no según opiniones correctas. Los objetos a que en este punto debe llamarse la atención se pueden representar por la respuesta a las dos cuestiones siguientes:

¿Cuáles son los alimentos que se pueden suministrar a un niño que se cría sin el pecho de la madre? ¿Según qué reglas de precaución deben serle suministrados? Se pregunta primero: ¿cuáles son los alimentos que se le pueden dar a un niño que debe criarse sin el pecho? Para contestar satisfactoriamente a esta pregunta, es necesario considerar primero los órganos de la digestión y la forma de digerir del recién nacido. Según estas dos cosas, deben dirigirse la elección y la cantidad de los alimentos que un niño recién nacido puede digerir. Mientras el niño está en el vientre de la madre no existe digestión en el sentido ordinario de la pala-

bra, porque el niño recibe los jugos que lo alimentan ya eliminados de la madre y preparados, y no le son ingeridos sólo por el estómago sino en mayor cantidad por otros caminos, por el de la sangre. Sólo cerca del término de la vida en el vientre de la madre empieza el niño a tragar de cuando en cuando del agua del fruto que le rodea, hecho que parece ser el principio de la digestión estomacal; el meconio que el niño elimina después de nacido, por el ano, es tal vez el resto del agua del fruto no tomado por los órganos formadores de la sangre.

Después de nacido el niño, su primera alimentación es, generalmente, la leche al principio delgada de la madre, en sus elementos semejante al agua del fruto, pero que en cinco a seis días después del nacimiento se secreta más gruesa y más alimenticia en los pechos de ella. La digestión de la leche se hace como sigue, en el niño: más o menos rápidamente, después de cerca de una hora, la caseína de la leche absorbida por el niño se coagula en el estómago, el suero de ella pasa en parte directamente a través de las paredes del estómago y en parte por el píloro u orificio de salida por absorción en la membrana mucosa a la masa de jugos. En el estómago queda un pelotón blanco y denso compuesto de caseína y manteca, el cual, allí donde toca las paredes del estómago, se ablanda y líquida poco a poco. Durante esa transformación corren juntas las envolturas de los globitos de leche y las gotas de grasa de la manteca, que aglomeradas, forman un pelotón blanco; las sales calcáreas de la leche se disuelven y toda la masa es ahora empujada del estómago a las partes más próximas del intestino, donde continúa descomponiéndose y digiriéndose, es decir, una parte se asimila a la sangre y la otra se convierte en excrementos que salen más tarde por el recto.

Supuesto lo anterior, se deducen por sí misma las siguientes reglas principales en una alimentación conveniente del niño recién nacido que debe ser criado sin el pecho de la madre y del ama. En los seis u ocho primeros meses el niño debe tomar sólo alimento líquido; el recién nacido puede sólo chupar y tragar, pero no masticar; su estómago, más semejante a una manguera que a un saco, deja pasar rápidamente la alimentación líquida, no la detiene largo tiempo como lo hace el estómago en forma de saco de las personas adultas. El niño no secreta todavía saliva y, por consiguiente, carece de digestión bucal y estomacal; por eso lo que debe entrar a su estómago debe estar ya preparado, es decir, en estado líquido o disuelto y, además, no debe fermentar. Estas cualidades

necesarias de un alimento sano para el recién nacido las posee sólo la leche en general, y después de la de mujer la de vaca, que es muy semejante a la primera en sus elementos y en su composición, pudiendo obtenerse fácilmente en todas partes. Si la leche de cabra y la de burra son todavía más semejantes a la de mujer, es cosa que aún no está bien averiguada. La leche de vaca contiene un poco más caseína y manteca, pero menos azúcar que la de mujer; pero en general el contenido superior de elementos sólidos de la leche de vaca no es muy significativo, comparada con la primera. A ésto se agrega que de una manera muy sencilla, por ejemplo, adelgazándola con agua o mezclándola con azúcar, la leche de vaca se puede mejorar e igualar casi a la de mujer. Esta tiene mucho azúcar y manteca, pero poca caseína.

En la crianza artificial del niño, la primera tarea para la madre debe ser ponerse diariamente en posesión de una buena clase de leche de vaca para el bienestar de su hijo. Elíjase para tal fin la leche de la mañana de una vaca vigorosa y bien alimentada, que recibe regularmente sano forraje y al mismo tiempo se la hace pacer al aire libre. Leche de vacas alimentadas con residuos de destilerías de aguardiente ha producido en todas partes el mismo mal resultado que con la alimentación con betarragas heladas, coles y papas, y esa leche es dañosa para los niños de pecho. Está completamente averiguado que muchas substancias que sirven de forraje para las vacas le comunican a la leche su mismo olor, su gusto, color y hasta sus propiedades medicamentosas, y de este modo ejercen mediante la leche un influjo desventajoso en la digestión del niño. Lo mejor será siempre dar al niño la leche tan fresca como viene de la ubre, y donde ésto no se pueda hacer, donde haya que conservarla algún tiempo, antes que la tome el niño, es conveniente cocerla. Esto es mejor que desnatarla. Muchos aconsejan que la leche proceda siempre de una misma vaca. Pero aquí es necesario recordar que la leche de una misma vaca no queda siempre igual en sus elementos, porque los variados influjos que debe producir el forraje alteran la mezcla. Pero concedida la uniformidad de la mezcla en un caso de esa clase, de todos modos la vaca puede enfermar y el niño no siempre tomará la leche de otra vaca. Por eso parece lo más conveniente mezclar la leche de diversas vacas que se alimentan con un mismo forraje, de modo que quede igual en lo posible en todo tiempo.

No es bueno desnatar esa leche que sirve de alimento a los niños, porque así se le quitan los elementos mantecosos que la ha-

cen más digerible. La leche desnatada es siempre más difícil de digerir que la completa. La leche de vaca se le suministra al niño para su alimentación en la forma siguiente: En las primeras tres o cuatro semanas después del nacimiento se toma un tercio de agua fría por dos tercios de leche y se le echa a esa mezcla un poco de azúcar. Lo mejor es emplear lactina o azúcar de leche, que estimula al mismo tiempo suavemente la actividad de los intestinos; para dar una tacita de leche se toman al principio dos cucharaditas, más tarde una cucharadita de lactina. Una mezcla de esa clase debe tener siempre la misma temperatura de la leche fresca de vaca recién ordeñada. Es necesario que el adelgazamiento se haga siempre cada vez que el niño ha de tomarla; no debe dejarse reposar largo tiempo, enfriar y volver a calentarla, porque así se descompone y puede dañar el estómago del niño. Si no se puede obtenerla directamente de la vaca, la leche debe entonces cocerse y lo mismo el agua que se le agrega. Pero en el adelgazamiento no debe irse demasiado lejos, porque se ha averiguado que una leche muy adelgazada con agua, mezclando, por ejemplo, mitad con mitad, dificulta la digestión, porque las partes coaguladas que se separan al empezar la digestión en el estómago, se aglomeran, formando pesados pelotones, y causan molestias en el delicado estómago. Es, por esto, conveniente en los dos primeros meses, no aumentar el adelgazamiento a más de un tercio de agua por dos de leche. Después del tercero o del cuarto mes, más temprano en algunos casos, se le puede ya dar al niño como alimento la leche pura de vaca en la temperatura del animal recién ordeñado, pero observando siempre con atención su estado de salud.

Sucede a veces, que el niño en ese tiempo no soporta todavía la leche pura de vaca, la vomita o se pone muy gordo o grueso; entonces debe mezclarse en una proporción de cuatro partes con agua caliente, porque sin adelgazarla contiene todavía elementos muy nutritivos para el niño. Otros médicos recomiendan adelgazar la leche en las primeras cuatro semanas con dos partes de agua por una de leche, en las ocho próximas semanas con igual cantidad de agua, y desde el cuarto mes debe tomarse más leche que agua, continuando así hasta el séptimo u octavo mes, en que debe suministrársele la leche pura de vaca. Pero como antes lo indiqué, ese adelgazamiento de la leche lo creo excesivo.

En la crianza de niños la prueba práctica está siempre sobre el estudio. La mejor prueba para cerciorarse si la alimentación es favorable, al lado del aspecto y del estado general, será siempre

el aumento de peso; por eso, pésese regularmente el niño una o dos veces cada semana. Si el peso no aumenta, la alimentación no es entonces correcta. Con esa mezcla se llenan generalmente las conocidas mamaderas de vidrio graduadas con rayas y provistas de un chupador de goma, en cuya punta se ha hecho un agujero. Tales mamaderas se ponen en la boca del niño, observando con cuidado que la leche no corra muy rápidamente para no recargar el estómago y al fin de que el niño se acostumbre también a chupar y no solamente a tragar. Si el agujero es muy grande, la leche corre entonces en abundancia y el niño se atora, y la leche tampoco puede ser conducida poco a poco y por partes al estómago. Es, por el contrario, muy pequeño el agujero, el niño tiene entonces que esforzarse mucho al chupar.

En un orden preciso, cada tres a cuatro horas, no antes, sobre todo durante la noche, se le suministra al niño la leche de ese modo. Pero es necesario observar una gran limpieza en el mantenimiento de los vasos destinados a la leche, a fin de que la mezcla no sufra una alteración dañosa al dársela al niño. Tan pronto como el niño haya tomado, el chupador de goma, que por la lengua y los labios del niño se ha cubierto de mucosidad, se quita del cuello de la botella, se enjuaga en salmuera y se pone en seguida en agua limpia hasta volverlo a usar. Cada vez que el niño haya tomado, la botella debe limpiarse muy bien con una escobilla especial y salmuera caliente, enjuagándola varias veces y dejándola llena de agua fría y pura. Si ésto no se hace, como sucede con frecuencia, se coagulan y fermentan los restos de la leche y de la mucosidad de la boca que habían quedado pegados en la botella; ésta comienza a exhalar mal olor y la nueva mezcla echada en ella se pone agria, se descompone pronto y el niño recibe así un alimento dañoso. En los primeros cuatro o cinco meses las mamaderas de esa clase son preferibles a las tazas para beber, porque en éstas el niño sólo traga, no chupa, y de ese modo recarga fácilmente el estómago. Conviene mencionar todavía que si se olvida el chupar, se secreta entonces menos la saliva de las glándulas salivares, aún pequeñas, que con el uso de la mamadera y la mezcla con saliva es también necesaria a la digestión de la leche.

Además de la limpieza debe observarse también una temperatura siempre uniforme en la mezcla de la leche de modo que no esté una vez más caliente, otra vez más fría, sino que se iguale en lo posible al calor natural de la leche que sale de los pechos, es decir, que tenga 28° R. Madres atentas y niñeras escrupulosas

aprenderán por el ejercicio a determinar fácilmente ese grado de calor, si al aplicar la botella llena contra el ojo cerrado experimenta una sensación agradable; pero a las niñeras ordinarias no se les puede confiar ésto sin peligro para los órganos de la digestión tan sensibles de un niño, por causa de la diferencia de temperatura de los alimentos.

El adelgazamiento de la leche se prepara siempre de modo que a ésta se eche el agua caliente, y no lo contrario, porque de esa manera la mezcla es mucho más íntima. En lugar de la mezcla con agua caliente he visto en algunos casos los buenos resultados de una mezcla con una infusión delgada de hinojo. Si se prefiere esta mezcla, el procedimiento es lo mismo como en la con agua caliente. La mezcla de substancias mucosas con la leche, que está desde hace varios años en uso con éxito en las grandes ciudades, es útil porque en su medio las coagulaciones de caseína de la leche se aflojan y disuelven en la primera digestión, no forman masas sólidas y se ponen aptas para ser digeridas por los delicados órganos digestivos del niño. Las mezclas mucosas en general se recomiendan en los casos en que los órganos de la digestión del niño son débiles o donde no se puede confiar siempre en la calidad de la leche, es decir, para los habitantes de la ciudad.

Se pregunta ahora todavía: ¿bajo qué medidas de precaución deben suministrárseles a los niños los alimentos indicados?

Si se ha atendido a la temperatura y a la limpieza conveniente, tampoco se debe olvidar la puntualidad en la administración de los alimentos ni la cantidad de ellos. En los primeros días de la vida el niño recién nacido duerme mucho, su necesidad de alimento es rara y muy reducida. El estómago es corto y estrecho y puede admitir sólo poco. Si el recién nacido en los primeros días y las primeras semanas toma cada vez la cantidad de seis a ocho cucharadas, es entonces bastante y cada cantidad mayor sería un exceso que lo llenaría demasiado. Por desgracia, ésto sucede con frecuencia, porque muchas madres y niñeras tienen la falsa opinión de que al niño debe dársele mucho y a menudo que beber, porque los alimentos líquidos solos no son capaces de ocupar largo tiempo las funciones de la digestión, y lo que les falta a los alimentos en calidad debe ser sustituido por la cantidad.

La primera consecuencia del recargo del estómago son los vómitos. A ésto se agrega que en el pueblo está muy difundido el dicho siguiente: niño que come, niño que prospera; y de este modo el pobre niño es recargado de alimentos, con grave daño para su

salud. ¡Quieran, pues, mis lectoras, obrar contra esa mala práctica!

Buenos servicios prestan en este caso las mamaderas graduadas, porque si el niño ha tomado demasiado y vomita la leche, la próxima vez se le dará menos. Es una prueba de que el niño está satisfecho cuando empieza a rehusar la mamadera y queda indiferente si se la vuelven a dar, y después de haber tomado duerme dos a tres horas o permanece tranquilo, supuesto que esté seco y nada más le falte.

Se cree que el niño toma la leche en la proporción siguiente:

| Mes | Veces el día | Cantidad en gramos cada vez | Mes | Veces el día | Cantidad en gramos cada vez |
|-----|--------------|-----------------------------|--------|--------------|-----------------------------|
| I | 8 | 50—70 | VI | 6 | 160 |
| II | 7 | 110—120 | VII | 6 | 160 |
| III | 7 | 130 | VIII | 6 | 160 |
| IV | 7 | 140 | IX-XII | 6 | 200 |
| V | 6 | 160 | | | |

Si con el régimen de alimentación indicado hasta aquí el niño se encuentra bien, está alegre, aumenta en tamaño y actividad, no se pone intranquilo durante la noche, son sus excrementos de una consistencia de papilla, de color amarillo, de olor ácido, moja de ocho a diez pañales en un espacio de tiempo de veinticuatro horas, sin teñirlos mucho de color obscuro, entonces se puede reducir ya en el segundo o tercer mes la cantidad de agua que se le agrega a la leche, mezclando un cuarto de agua con tres cuartos de leche, pudiendo darle entonces mayor cantidad de leche menos adelgazada y más veces, pero siempre con la precaución de que el niño no vuelva a tomar alimento sin haber digerido por completo el anterior.

Si el niño está sano, se puede pasar sin temor poco a poco ya en el cuarto o quinto mes a la leche sin mezcla, sobre todo cuando se tiene la suerte de poder dársela directamente de la ubre de la vaca, porque precisamente en eso, en que la leche tenga todavía el calor natural y no haya sido perturbada en su composición por ningún enfriamiento, consiste una parte importante de su fuerza alimenticia y de su influjo benéfico sobre los órganos de la digestión del niño. Así se explica que en el campo la crianza de niños sin el pecho de la madre y del ama, con menos cuidados y menos precauciones, se acierta más a menudo y mejor que en las grandes ciudades, donde sólo rara vez se puede obtener leche de vaca

recién ordeñada que tenga todavía el calor del animal o, en el mejor de los casos, cuando más dos veces al día.

(Concluirá)

DR. AMMON

MISCELÁNEA

Damos nuestra más cumplida enhorabuena a los doctores Hurtado Núñez y Quiñones Domínguez, por los premios alcanzados este año en el XII Concurso de Higiene Popular y Cultura Física hecho por la Unión Médica Gaditana.

Ilustrados e ilustres colaboradores de esta Revista, a los que aportan su saber y su amor al niño, han demostrado que en otros campos de más pública acción social pueden aportar valiosos conocimientos, merecedores de alta recompensa.

Después de largos padecimientos, ha fallecido el Ilmo. señor D. Celestino Párraga y Acuña, exdecano de nuestra Facultad de Medicina.

Su muerte ha sido generalmente sentida, por sus dotes personales como médico, como catedrático, como mentalidad, y querido de sus amigos y de todos los que sin estrecha amistad le conocieron.

Dios le tenga en su santa Gloria y consuele a su atribulada familia.

Goza de la Paz del Señor, víctima de la más traidora de las dolencias, y en plena juventud, la hija mayor del doctor D. Enrique Rousselet.

A sus atribulados padres, que sienten la pena que no tiene consuelo, enviamos el testimonio de nuestro pesar.

Víctima de cruel dolencia, ha fallecido la señorita del Toro y Álvarez, hija de nuestro amigo y compañero el reputado doctor D. Enrique del Toro.

Sirva nuestra sincera condolencia de sentido pésame a los atribulados padres y hermanos, y tengan el consuelo de que en las resplandecientes moradas del Cielo, disfruta del Señor su angelical hija.